

“LO QUE NO PUEDE SER, NO PUEDE SER”

David García Trigueros

Comunicación de la Fundación del Toro de Lidia Capítulo en Granada

Solo hace falta mirar a nuestro lado para ver y saber que no son, precisamente, tiempos para la lírica. La situación social que nos invade, la vertiginosa transformación del mundo y el triunfo progresivo de este régimen de la postverdad están poniendo en jaque nuestro sistema y nuestro modelo cultural.

¿A qué nos referimos exactamente con esto? A que nuestro mundo cambia por momentos, sumiéndonos en una vorágine de acontecimientos que apenas podemos vislumbrar por la rapidez con la que suceden, pero que nos fagocita quedamente sin que nos enteremos y sin que podamos hacer nada para remediarlo. Poco menos como la metáfora de la rana que no sabía que estaba siendo hervida. Hasta que fue demasiado tarde...

La multiculturalidad es, sin duda algo positivo, que nos alimenta, que nos aporta, que nos hace comprender mucho mejor las distintas realidades que existen. Eso sí, siempre que esto no suponga sustituir una cultura por otra. Un modelo por otro, sin más pretexto. Cuando esto ocurre no estamos ante la diversidad y la pluralidad, el enriquecimiento intercultural, estamos ante una singular y verdadera guerra. Que no tiene fronteras, ni tiene trincheras, pero que está. Y se siente, de algún modo la percibimos.

E insisto, ¿a qué nos referimos exactamente con esto? Muy sencillo. Aquello que es nuestro, genuinamente propio, nos lo pretenden arrebatar de las manos. Quieren negar nuestro ADN cultural, borrarlo, aniquilarlo, exterminarlo. Que no quede huella de él. De esto va, precisamente, el animalismo. Sin que nos demos cuenta nos están declarando una guerra. Cultural, sí; pero guerra al fin y al cabo.

El animalismo es una propuesta cultural alternativa, que nació en el contexto anglosajón y que desde la segunda mitad del siglo XX ha adquirido una fuerza creciente y ha sobrepasado los límites de Estados Unidos y Canadá. En esta propuesta cultural se esconde algo más que un simple paradigma personal para aceptar o rechazar unas determinadas cosas, según el gusto o la creencia personal. Es la autoafirmación de pensar que quienes lo practican son moralmente superiores, tienen un valor supremo de la ética y tienen la razón por que sí, sin cuestionarse nada más: ellos hacen bien, nosotros no.

La doctrina animalista no es sólo no comer nada procedente de un animal ni tampoco vestir con nada que proceda de éste. Es decir, no es sólo negar la propia evolución humana desde el punto de vista de la antropología natural sino cambiar el paradigma del hombre dentro del mundo: arar el campo con un buey o montar a caballo para pasear, es esclavizar a un animal; criar gallinas y dejar que se reproduzcan, es permitir que las gallinas sean violadas; sacrificar un cerdo en una matanza tradicional ya no es alimentar a toda una familia, es un asesinato.

Muchas de estas cosas las oímos a diario en televisión, radio y redes sociales. Hoy nos las tomamos muchos a risa, porque parecen ideas descabelladas y argumentos de otra esfera planetaria. Pero eso, aunque no lo crean, tiene un eco en la sociedad cada vez mayor. Y

pretenden imponerse a base de publicidad y estrategias de mercado. Existe todo un lobby de empresas y organizaciones – con presupuestos que cualquier ayuntamiento rural soñaría – destinado a eso: a fusilar el sistema económico del mundo rural, que vive y subsiste del campo y de la ganadería.

La Fundación del Toro de Lidia (FTL) nace, como cabe presuponer, para defender y velar por expresión cultural de la tauromaquia. Pero desde aquí no sólo pensamos en nosotros mismos: no se trata de que quiten los toros aquí o allí; lo que nos preocupa es que después de que puedan quitarnos los toros pretendan decirnos también qué tenemos que comer, cómo tenemos que vestir y qué tenemos que pensar.

El toro bravo ha sido un animal que ha formado parte de la cultura de los pueblos mediterráneos (Fenicia, Grecia, Italia, Iberia...) desde tiempos inmemoriales. Hemos crecido junto al toro, como también junto a otros animales. En torno a ellos hemos creado nuestras fiestas, nuestra gastronomía, nuestra cultura. ¿Que la tauromaquia es algo fundamental de nuestro pueblo? ¡Por supuesto! Pero también lo es el cordero segureño, lo es la monta a caballo, la caza de la perdiz o la matanza del cerdo.

La humanidad, desde siempre, se ha servido de los animales. Y gracias a eso hemos evolucionado como sociedad y como civilización. La Fundación del Toro de Lidia pretende recordarnos eso: que los animales conviven con nosotros, nos relacionamos con ellos y con ellos vivimos y también morimos. Si hoy conocemos el espacio, si se han hecho tantos avances en astrofísica, ¿por qué es? Porque una vez un perro viajó al espacio antes que nosotros. Si hay cánceres que hoy pueden curarse, ¿a qué se debe? A que hubo médicos que probaron en los animales lo que hoy nos salva la vida, tanto a ellos como a nosotros.

La Fundación del Toro de Lidia tiene ese compromiso. El primero de ellos con proteger la tauromaquia, para que siga siendo uno de los elementos fundamentales de nuestra cultura y que nos sigamos sintiendo orgullosos de ella. El segundo, que nadie – venga de donde venga – nos tenga que decir a nosotros qué podemos hacer y qué no: ¿Quiere usted ir a los toros? Vaya si le apetece y si no, no. Pero porque usted lo decida libremente, no porque venga yo y se lo imponga. ¿Quiere usted comer un plato de cordero a la lata o vestirse con un jersey de lana de oveja? Pues que tenga usted el mismo derecho a hacerlo que quienes prefieren tomar una dieta vegana; sin que ellos vengan a reclamarle y a intimidarle diciéndole que es un asesino o una persona que no ha evolucionado.

Y es que, en definitiva, desde la Fundación del Toro de Lidia lo que queremos es que nuestro modelo de vida sea el que nosotros elijamos, de acuerdo a nuestra cultura y a nuestro entorno. Que el toro de lidia y la tauromaquia sea, para quienes así lo deseen, más que una forma de ocio, una filosofía y modo de entender la vida. Un modo de libertad individual y colectiva que siga viviendo y desarrollándose de forma natural con los animales, como hicieron nuestros padres y nuestros abuelos; y como ha hecho el ser humano desde que fue consciente de sí mismo. No neguemos la realidad de las cosas con falsas doctrinas y falsos profetas; no nos dejemos atraer por algo que aun siendo nuevo va en contra de la evolución. Porque como decía Belmonte, parafraseando a Parménides: “Lo que no puede ser, no puede ser. Y además es imposible”.